

ción crítica de varios de textos de concilios provinciales, con anotaciones críticas e interesantes introducciones: *El IV Concilio Provincial Mexicano* (Madrid 2001); y *II Concilio de La Plata (1774-1778)* (Madrid 2007).

La lectura atenta de estos trabajos aportan una gran luz para los investigadores actuales, quizás menos versados que en épocas anteriores, acerca de las cuestiones canónicas y disciplinarias de la Iglesia. Resultan, así, una estupenda guía para interpretar las fuentes eclesiásticas: temas como las canonjías, la exención de los regulares, la usura, la práctica sacramental, están magistralmente explicados. Los autores no dan nada por supuesto, lo que facilitará entender estas disposiciones e interpretar otros documentos. Hoy día las fuentes documentales eclesiásticas son una de las bases más importantes para la historiografía.

En los últimos días el Profesor Castañeda dejó ultimada para su publicación un extenso y documentado trabajo sobre *la ordenación y régimen canónico de los mestizos en América*, y la edición crítica del *Libellus de insulis oceanis* del jurista Juan de Palacios Rubios.

En una entrevista concedida a la Prof. Elisa Luque y publicada en *Anuario de Historia de la Iglesia* (AHig 8 [1999] 305-322), decía el Profesor Castañeda: «Estoy convencido de que la Historia de la Iglesia es, al mismo tiempo, teología e historia: vinculación a la fuentes, examen de su credibilidad, reconstrucción de los hechos, etc. Hoy nadie niega que la Historia de la Iglesia es teología; lo que hay que subrayar es su vertiente histórica, porque actualmente más que una investigación histórica, algunos hacen teología de la historia. Me parece muy bien, pero impugnan el valor de una historia hecha a base de un depurado método histórico; lo que ya no me parece tan bien» (p. 321). Descanse en paz.

José Carlos MARTÍN DE LA HOZ
Academia de Historia Eclesiástica
Sevilla
josecarlosmh@nueve.org

Emilio Redondo (1928-2007)

in memoriam

El 13 de abril de 2007, falleció en Pamplona el profesor Emilio Redondo García, Catedrático de Historia de la Educación de la Universidad de Navarra.

Don Emilio, como tantos le llamábamos, con una mezcla de respeto y cariño, había nacido en Magaz de Cepeda (León), un pequeño pueblo cercano a Astorga. Curiosamente, como si estuviese predestinado a incorporarse a la Universidad, vino al mundo el 7 de marzo de 1928, fecha en la que por aquel entonces se celebraba la festividad de Santo Tomás de Aquino.

Terminado su bachillerato en el colegio de los Hermanos Maristas de León, inició su formación universitaria. Aunque en un principio, siguiendo los consejos paternos, comenzó los estudios de Perito Industrial, pronto se dio cuenta de que esa no era su vocación y en 1946 se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense de Madrid. Allí fue discípulo, entre otros, de profesores de la talla de Víctor García Hoz, Juan Zaragüeta, Ángeles Galino y Mariano Yela. Allí tuvo también su primer contacto con las actividades formativas que organizaba el Opus Dei.

Terminada su licenciatura en Pedagogía en Madrid, que complementaba durante los veranos cursando la carrera de Magisterio en la Escuela Normal de León, en 1950 se incorporó como «inspector docente» al Colegio de Huérfanos de la Guardia Civil (Madrid), que por entonces dirigía Tomás Alvira, catedrático de Ciencias Naturales en el Instituto Ramiro de Maeztu. Del Colegio de Huérfanos, Redondo pasó en 1953 a la Escuela de Artes y Oficios de Corella (Navarra), de la que fue director dos años. Entre 1955 y 1958 ejerció de profesor, primero en la Escuela de Magisterio de Sevilla y, más tarde, en la de Pamplona. Este contacto directo con la realidad escolar contribuyó, sin duda, a potenciar su «sentido común» y su «realismo», cualidades muy arraigadas en él.

No obstante, su aspiración era dedicarse a la docencia universitaria, motivo por el cual había iniciado sus estudios de doctorado en Pedagogía bajo la guía de la Prof. Ángeles Galino. Finalmente, culminó, dirigido por el Prof. Ángel González Álvarez, su tesis doctoral en 1956, titulada: *Educación y comunicación*, que se convirtió en libro de referencia en la materia, al ser publicado por el Instituto de Pedagogía «San José de Calasanz», del CSIC, en 1959. Posteriormente sería reeditado en Barcelona, por Ariel, en 1999.

Tras haber obtenido el doctorado, Don Emilio pudo incorporarse, como era su deseo, a las aulas universitarias, primero de manera provisional, y a partir de 1959 como profesor Adjunto por oposición de Historia de la Pedagogía de la Universidad de Madrid (hoy Universidad Complutense). Ello le permitió contribuir, formando parte del consejo de dirección de ambas, a la consolidación de la Sociedad Española de Pedagogía y de la *Revista Española de Pedagogía*, que estaban dando sus primeros pasos.

Concluidos sus estudios civiles, inició los filosóficos y teológicos, encaminados a su futura ordenación sacerdotal, que tuvo lugar el día de San José de 1964. Se inició entonces lo que denominaba, con cierta dosis de ironía, su «doble militancia»: como profesor de universidad y como sacerdote incardinado en el Opus Dei. Y así, las mañanas las dedicaba a la vida universitaria, las tardes –salvo el horario de las clases– al ejercicio de su ministerio.

En 1967 su trayectoria académica entra en una nueva fase, ya que gana por oposición la plaza de Catedrático de Historia de la Educación de la Universidad de Barcelona. Por aquel entonces, sólo se podía estudiar Pedagogía en dicha Universidad y en la Complutense, lo que le llevó a dar clases a un nutrido grupo de alumnos que se convertirían con el tiempo en catedráticos y profesores de universidad.

En 1975 se incorporó a la Universidad de Navarra, contribuyendo decisivamente a la puesta en marcha de la Licenciatura en Pedagogía. En ella enseñó e investigó como Profesor Ordinario de Historia de la Educación hasta la jubilación. Fue un periodo fecundo, durante el cual vieron la luz sus principales publicaciones y dirigió 20 tesis doctorales. En su últimos años, ya como Profesor Honorario, continuó con sus tareas de investigación, sin perder nunca la ilusión por dicha tarea.

A continuación comentaremos sus publicaciones más relevantes. En primer lugar, su tesis doctoral, a la que ya hemos hecho referencia. En ella queda ya muy patente su concepción de lo que puede y deber ser la Historia de la Educación. En efecto, el profesor Redondo entendía que ésta debía contribuir a la formación intelectual y pedagógica de sus alumnos, que podía y debía iluminar los grandes problemas de la educación, ya que nuestra comprensión de la formación humana es mucho más exacta y profunda si la contemplamos también en su dimensión histórica. Por eso, su tesis doctoral tiene dos partes, una de naturaleza histórica, en la que se analizan las ideas de diversos pensadores, y otra de naturaleza sistemática, en la que se estudian las relaciones entre la educación y la comunicación, entendida ésta última desde una perspectiva metafísica.

Elegió dicho tema de tesis porque estaba convencido de que el fundamento profundo de toda educación es la capacidad que tienen los seres humanos de formarse a sí mismos con la ayuda de los demás. Entendía la educación como un proceso de comunicación entre maestro y alumno, y además consideraba que, en función del tipo de influencia, más o menos profunda, que el primero quiere y puede ejercer sobre el segundo, no sólo se plantean y alcanzan objetivos educativos más o menos ambiciosos, sino que además cambia la misma naturaleza de la educación. Dicho de una manera más simple, cuando un educador ha conseguido en verdad formar a su discípulo, es porque ha conseguido establecer con él un vínculo de comunicación de mucha mayor calidad y profundidad que el propio de la mera enseñanza o la simple instrucción.

Para poder escribir una Historia que ayudase a comprender mejor esa realidad que llamamos «educación», el profesor Redondo ideó una peculiar metodología de investigación que inculcaba a todos sus discípulos. Consiste en aplicar a las fuentes históricas un esquema de análisis que refleja la estructura «noética» de esa realidad, es decir, todo lo que en ella hay de cognoscible, en el sentido más profundo del término. Tal esquema, solía decir, es como un red que se echa al mar de los hechos históricos para rescatar los más relevantes, y sirve además para interpretarlos y extraer de ellos su contenido más esencial, además de para exponerlo con rigor y sistematicidad. Este modo de entender la disciplina que cultivaba se materializó en la redacción y publicación de dos manuales universitarios, en los que colaboramos algunos de sus discípulos: *Historia de la Educación I. Edad Antigua* (Madrid, Dykinson, 1997) e *Introducción a la Historia de la Educación* (Barcelona, Ariel, 2001).

Finalmente, destacaremos que, por su condición de cristiano y de sacerdote, le preocupó de una manera especial el proceso de secularización de la enseñanza. Consagró al estudio de dicho tema diversas publicaciones, en las que intentó superar la mera descripción de hechos, pues buscaba captar el perfil y la naturaleza profunda de tal proceso. En particular, le parecía imprescindible distinguir la «secularización» de la enseñanza de su «laicización», pues ambas han caminado a la par durante siglos y a menudo se confunden. La primera, que puede llegar a ser muy sana y positiva, implica que gran parte de las escuelas ya no dependen directamente de la autoridades eclesíásticas, y que los maestros no pertenecen en su mayoría al clero. En cambio, la «laicización» de la enseñanza busca su descristianización y es totalmente rechazable.

No puedo concluir esta semblanza sin evocar el talante de mi maestro. Don Emilio fue un infatigable buscador de la verdad, y por eso, empleando una expresión tomada de profesor Álvaro d'Ors, insistía en que se debía extremar la *acribia*, es decir, el rigor y la precisión en el estudio de las fuentes, con las cuales intentaba siempre poner en contacto directo a sus alumnos. El perfecto orden que reinaba en su despacho, el esmero con que preparaba sus notas y sus apuntes de clase, o el cuidado con que siempre se expresaba, eran la traducción externa de semejante actitud.

Como ser humano, una de sus cualidades más sobresalientes fue la humildad, que le llevó a colocar en un segundo plano su carrera académica, primero al dedicarse al sacerdocio, después al dejar su Cátedra en la Universidad de Barcelona. Esa misma humildad se transparentaba en la relación que mantenía con sus discípulos, sobre los que ejercía un notable influjo, pero no tanto transmitiéndoles ideas o dándoles orientaciones concretas, sino más bien inculcándoles convicciones con su ejemplo y su rigurosa forma de investigar, de enseñar y también de vivir. Puede decirse de él que hacía realidad la célebre máxima de Quintiliano, que tanto le gustaba citar, según la cual el maestro ha de ser un *vir bonus dicendi peritus*.

Otros rasgos llamativos de su modo de ser, sin duda derivados del anterior, eran la sencillez y la laboriosidad. Era capaz de dedicar su tiempo libre a actividades tan dispares como la lectura, la

jardinería o la carpintería. Le gustaba también la fotografía, sobre todo porque le permitía hacer realidad su aspiración de escribir una Historia iconográfica de la educación. En los últimos años de su vida, dedicó muchas horas a cuidar de sus padres.

De esa misma sencillez hacía gala en el trato personal. Era una persona afable y siempre dispuesta a escuchar y servir a los demás, como sacerdote y como profesor. Sus alumnos estaban seguros de que les atendería cuando lo necesitasen, pues dedicaba muchas horas a preparar, corregir y comentar con ellos sus trabajos y sus exámenes. Quienes convivían más estrechamente con él sabían que era casi imposible verlo enfadado o contrariado y que trataba a todo el mundo con gran afecto, cercanía, delicadeza y cordialidad. Cuando la enfermedad, que sobrellevó con gran entereza y discreción, había minado ya muy seriamente su salud, tampoco perdió la sonrisa y la serena alegría que le acompañó siempre.

Quienes lo conocimos y lo tratamos en la Universidad de Navarra queremos agradecer las numerosas muestras de condolencia por su muerte que hemos recibido y de manera muy particular las oraciones por el eterno descanso de su alma.

Javier LASPALAS
Departamento de Educación.
Universidad de Navarra
E-31080 Pamplona
jlaspalas@unav.es

José Ignacio Tellechea Idígoras (1928-2008)¹

in memoriam

Nació Don José Ignacio Tellechea Idígoras en la ciudad de San Sebastián el 13 de abril de 1928. Su padre era de Ituren (Navarra) y su madre de Zumárraga (Guipúzcoa). Sin alardear, decía que sus cien primeros apellidos comprobados eran vascos; navarros y guipuzcoanos. Se sintió muy vinculado a Ituren donde pasó largas temporadas estivales en la casa nativa de su pa-

1. Esta nota necrológica está confeccionada con la ayuda de los instrumentos biobibliográficos siguientes. A la salida de una gravísima enfermedad del prof. Tellechea el «Grupo Dr. Camino de Historia Donostiarra» le dedicó un Homenaje que el «Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián» publicó en dos tomos (16-17). El mismo Tellechea redactó su Bibliografía por orden cronológico hasta 1983. Vid. T. I, XLIII-LXXI. En 1998 con motivo de su jubilación como profesor de la Universidad de Salamanca, Tellechea traza su biobibliografía en «Salmanticensis», 45 (1998) 5-53. El año 2001 recibió de la *Sociedad de Estudios Vascos* el Premio «Manuel Lecuona» 19 donde vuelve a recoger su biobibliografía: autobiografía p. 5-15, fotos p.19-43, bibliografía 45-102. Con motivo del quinto centenario del nacimiento de Bartolomé Carranza de Miranda (2002), el Gobierno de Navarra publicó un tomo con varios trabajos de Tellechea sobre Carranza y en él (pp. 519-526) enumera los 149 dedicados al infortunado primado de Toledo. Se puede completar con *Tapices de la memoria. Historia clínica 279.952*, San Sebastián 1991, donde cuenta las peripecias de su grave enfermedad y otros acontecimientos de su vida. En la Biblioteca de la Universidad de Navarra se encuentran 104 entradas.